

PLIEGO SALMANTINO

II

Poética propia

He dicho alguna vez que me gustaba haber nacido en Jerez de la Frontera, y no porque Jerez sea una ciudad hermosa y blanca, toda luz, con naranjos en las calles y palmeras en las plazas, universalmente famosa por sus vinos. La vida jerezana, bajo un cielo inalterablemente azul, es como un sorbo dorado; se paladea con lentitud.

Yo nací en la calle Molinero, pero viví luego, salvo unos meses, en la Cruz Vieja, una calle archa y soleada, con mucho carácter.

En Jerez nací yo a la vida, a la poesía y al amor.

Yo creo que desde niño fui poeta; bueno, todos los niños lo son, y los poetas de verdad nunca dejaron de ser niños.

Confieso que mi vida ha sido una entrega total a la poesía, pero esto no me ha impedido cumplir con mi deber. Me he sentido siempre poeta por dentro, pero he vivido como hombre, en el trato con los demás, en el ejercicio de mi profesión. Jamás he olvidado que la única enseñanza que interesa y nos eleva, es la hecha con algo de poesía.

Los dos primeros escritores, que leí con fruición, fueron Bécquer y «Figaro». Yo he dicho que Bécquer fue para mí como una especie de guía, de ángel tutelar. Me descubrió con sus versos la fuente del sentimiento interior; «Figaro», en cambio, me hizo pensar y reír, lo que es siempre muy saludable. Yo he reído mucho en este mundo, porque siempre he tenido sentido del humor.

Ya, desde entonces, intenté un estado de acendramiento espiritual, y arranqué de cuajo toda vanidad; deseaba vivir como de puntillas, ignorado de los que me rodeaban, y aunque escribía con vocación profunda, no deseaba el éxito, y me gustaba vivir en soledad. No quería leer versos míos, ni en público, ni en privado, y mi poesía era ya tan íntima, tan confidencial, tan mía, que sólo el silencio le iba bien.

De Jerez pasé a Sevilla, para estudiar en la Universidad la carrera de Letras. Me parece que siempre he tenido una idea muy clara de mi vocación. Estas tres máximas esparcidas en mis libros en prosa, fueron básicas en mi actitud poética y vital. En primer lugar: «Poderío, pero tuyo, sobre tí mismo, nunca sobre los demás». Ello me hizo adoptar una actitud complaciente, caritativa, misericordiosa para con mis semejantes, y, en cambio, un rigor, una exigencia máxima, para con mis cosas, para con mis actos, para conmigo mismo.

Otra frase: «Rechazando se hace diamantino el corazón». Creía y entonces, y sigo creyéndolo, que un hombre vale en la medida que rechaza lo fácil.

La tercera frase decía: «Hazte duro para lo externo; en tu interior, en tu vida, en tu obra, reside la verdad». Este proceso de interiorización ha sido largo; de su profundidad dependerá mi obra poética.

He sido lo que se llama un hombre de buena suerte. Dije que me gustaba haber nacido en Jerez, y digo ahora que fuí un hombre muy afortunado por estudiar en Sevilla y por tener un maestro como Jorge Guillén. La figura de don Jorge se me fue agigantando a lo largo de aquel curso primero (1932-33); por vez primera yo conocía a un poeta, pero no a través de los libros, como a mi admirado Gustavo Adolfo, sino vivo y real. ¡Con cuánto sentimiento leía don Jorge! Se colocaba respetuosamente ante el poeta explicado. ¡Cuánto ardor! Latía en las almas de los oyentes la llama de la poesía. ¡Qué exactos consejos, qué sabrosas charlas, constituyeron el magisterio de Jorge Guillén!

Pero, ahora, viene como anillo al dedo un cuarto aforismo, que he practicado en el ejercicio de mi vocación; dice: «Sol pequeño pero con luz propia». No imitar a nadie, ser original, ha sido esta una de mis preocupaciones. He escrito en uno de mis libros mambrunesco como ideal: forjar un estilo propio, ponerse entero en todo lo que se escriba.

Estoy seguro de haber sido siempre un realista: he visto claro en el fondo de los hombres. Soy realista, en el sentido que Dostoyewski decía serlo, es decir, buceando en toda su profundidad el alma humana.

Otro quinto aforismo fundamental para explicar mi propia poética es el que dice: «Un secreto que el hombre a nadie dice, es que no desea morir ni vivir. Ansía algo, pero no sabe qué». Ha dicho un crítico, Vázquez Zamora, que ese es el gran problema de Mambruno, pero, como Mambruno no existe, yace enterrado en el cementerio de las Huelgas, yo diría que esa conciliación de la vida y la muerte, constituye la mejor expresión, más clara y condensada de mi poética, y plantea internamente un drama que he de resolver a lo largo de mi vida.

Tal vez me acuséis de hablar mucho de mi mismo, pero no olvide-

mos que ya Goethe decía que toda su obra eran como fragmentos de una confesión. Mi poética va unida indisolublemente a mi autobiografía.

Uno de los temas mambrunescos por excelencia es el de la soledad, una curiosa soledad a la vez creadora y comunicativa. Adivinamos entonces la presencia de Antonio Machado. El maestro del alma fue don Antonio. Algunas veces, al ascender Mambruno en Soria, por el camino del Duero, orillado de álamos altos y gigantescos chopos, se ha figurado que le acompañaba una sombra silenciosa, pesada y lenta, era don Antonio, y con él miraba el agua del río y las hojas verdes de los chopos.

Yo comencé a leer a don Antonio, por consejo de Jorge Guillén, allá, por el año 1832, y lo valoré muy alto, cuando la juventud poética no reconocía por entero su mérito; pocos meses después, me pasó lo mismo con Rosalía de Castro, muy mal valorada entonces. En mi libro «Cuadernos de un solitario», escribí, en un momento de nostalgia: «También Bécquer anduvo solitario por esta Castilla de escarcha y nieve, soñando como tú. Y el otro, don Antonio, don Antonio Machado, otro pobre solitario que soñaba caminos en la polvorienta Castilla, era como tú andariego, ensimismado, soñador empedernido. Esta soledad de andaluz en Castilla, creo que la he expresado en el mejor de mis libros de versos, en «Andaluz solo», publicado en 1962.

Sobre la soledad ha dicho Mambruno como auscultándose a sí mismo:

«Era tan solitario que le florecían violetas en el corazón». En este sentido de angustiada soledad creadora, pocos escritores han influido tanto en mí como Kafka. Releyendo los diarios de Franz se observa cómo se busca a sí mismo en la soledad. Franz Kafka amaba a la literatura por encima de todo, se esforzaba por lograr una obra representativa que estuviera ligada, palabra por palabra, a su vida.

Es eso, exactamente, lo que yo he pretendido.

Para mí, la poesía es también dicha, principio de vida. Solamente cuando escribo comienzo a conocerme a mí mismo. Sí tengo que concentrar todas mis fuerzas, aislarme, sumergirme en mí mismo, ponerme todo, en cuerpo y alma, al servicio de la poesía. Sí por entero, vertido, derramado, desagrado, en mi obra creadora.

Aunque mi literatura es muy subjetiva, siempre para crear ha buscado el apoyo de la realidad exterior, así de la naturaleza. Incluso, Mambruno ha escrito alguna vez: «Me gustaría vivir la vida con la misma entera plenitud que un árbol». Y, tal vez, atrevidamente, ha llegado a decir: «La poesía ha de brotar de la naturaleza misma, como ese florecer de los castaños, como esa púrpura encendida que arrebola a la tarde».

En verdad es imposible definir lo que es poesía. El objetivo de la poesía no es, desde luego, la belleza, pero no debemos olvidar que es la

poesía lo que mejor responde a la idea de lo bello en el arte. Lo que hace inefable a la poesía es su capacidad expresiva, pues la palabra se adapta, mejor que el color o el sonido, a expresar los movimientos de la vida íntima.

Mi poesía se ha apoyado objetivamente en la naturaleza, en el paisaje en torno, a través de las cuatro estaciones, como lo demuestra «La vida misma», publicada en 1956.

Aparte, Jerez, la ciudad natal, siempre viva y presente en el corazón del poeta, e inspiradora de una gran parte de sus versos, hasta el punto que ese fondo de cal y oro, que es Jerez, se adivina hecho música y luz en sus poemas; y a la que ha dedicado su primer libro en prosa, «Historia en el Sur», publicado en 1954.

Vienen luego unos breves años, más bien, meses, en Algeciras. Es mi época de mar, y cuando escribo mi segundo libro de versos, «Libro de los recuerdos», publicado en 1946. «Andaba todas las tardes junto a la bahía, se respiraba un olor a algas, enfrente se alzaba la enorme joroba desolada del Peñón de Gibraltar. Luego iba por el muelle, envuelto en humo, taladrado de ruidos; camiones, cajas de pescados, pisadas de hombres.

De día, Algeciras se desparramaba pintoresca, blanca y azul, pero con las sucias manchas, en su encalada piel de andaluz puerto gentil, de la más hedionda miseria: barrios enteros de lata y madera, verdaderas pocilgas humanas. Brillaba el azul hermoso de la bahía y el olfato percibía olor a brea de las redes puestas a secar al sol; la luz centelleaba sobre las aguas y había como blanco relampagueo de gaviotas entre los palos de los barcos de pesca.

Entre Jerez y Algeciras está Sevilla. Yo viví en ella desde octubre del 32 a junio del 36, estuve luego circunstancialmente unos meses durante el año 1938. Sevilla es el alborozo, la época estudiantil, el aprendizaje de poeta que publica una revista, «Nueva Poesía», que arma mucho ruido en las letras españolas de entonces. No se me olvidan aquel laberinto de callejas estrechas y retorcidas con altos paredones encalados y verdinosos. En la atmósfera se respiraba un dulce olor a jazmín. Un viento cálido esparcía en las calles un efluvio a azahar. Brillaban estrellas fulgurosas. Un perfume denso y envolvente embargaba a los sentidos. Tal vez mi lugar dilecto sevillano, (aparte de la orilla del Guadalquivir, que lo fuera también de Bécquer y de José María Izquierdo), era la placita de Santa Marta.

Era tan sobrecogedora su pequeñez y tan hondo su silencio, que toda mi alma de muchacho se volvía íntima y pudorosa como su ámbito.

Desde el año 1940, en junio, que fue cuando llegué a Madrid por

vez primera, puedo decir que durante veinticinco años, no hubo año, en que no estuviera en Madrid varias veces, (un año entero sin salir de la capital, de junio del 43 a junio del 44), luego meses o simplemente semanas o días. Uno de mis lugares madrileños preferidos eran las tapias del Retiro en otoño, envuelto todo en un aura dorada y otoñal. Cruzan veloces por la carretera del Prado los automóviles. Al final, pasado el Museo, se alza la Cibele con su tronco de leones; borda, teje en torno, el agua de los surtidores un encaje finísimo que vibra luminosamente.

Mambruno, en verdad, no ha acabado de adaptarse a la vida de la capital, aunque se encuentra allí muy a su gusto. Un hecho curioso es que jamás escribió un verso viviendo en Madrid, siempre fueron artículos, cosas en prosa.

A veces la visión es sombría, así el «metro» a las dos, cuando hierve la ciudad, convirtiéndolo en una cloaca infernal; de pronto nos vemos estrujados, en medio de un montón anónimo de piernas, brazos, zapatos, abrigos, gabardinas muy usadas, chaquetas mojadas, ojos desorbitados y rostros iracundos; todo entra como sorbido, tragado, formando parte de una masa amorfa y elástica, distensible hasta el máximo, e integrada por narices, coloretos, gafas, cabellos, hedores diversos; un olor a humanidad doliente, molida, aplastada, despersonalizada. Tampoco me gustaba la vida literaria; no he asistido jamás dos veces seguidas a una tertulia; a la famosa del «Gijón» asistí varias veces, y siempre permanecí callado; allí se hablaba por hablar, y por supuesto mal de todo el mundo; aquello me daba asco y me ponía de mal humor. Siempre he sentido amor por el prójimo y he procurado respetar su modo de ser, sus ideas, su libertad, en suma. Yo creo en Dios y por esto amo a los hombres que han sido creados por El, y aunque comprendo la limitación humana y me duelen sus imperfecciones, que son también las mías, no obstante, si Dios le concedió esa libertad, ese libre albedrío, ¿quién soy yo para limitarlo con mis palabras o mis acciones?; en las tertulias literarias se suele invocar la palabra libertad a cada paso y lo que suele caracterizar a esas reuniones es la falta de libertad, de caridad con los semejantes. Muchas veces me he ido solo a un café a leer, o bien a observar a las gentes; otras, a pasear por Madrid con un amigo, o bien solo; reconozco que he pateado mucho las calles madrileñas.

Mi independencia ha sido total, nunca he formado parte de grupo alguno; he tenido amigos, jóvenes y viejos, y he procurado aprender con ellos, con la idea de estar siempre en primera línea, literariamente hablando; a veces, los jóvenes me han enseñado tanto, tal vez más, que los viejos; así es que he aprendido mucho dialogando con Angel Crespo en su casa de Madrid. Yo he querido ser siempre hombre de mi tiempo, y al

mismo tiempo, como al clásico nada humano me es ajeno; no he sido, en cambio, hombre de modas; la primera, para mí, es ser auténtico, y siempre me he dado cuenta que estar de moda hoy, es no estarlo mañana; soy hombre de esperanza y vivo para mañana, en la alegría de lo futuro, que estoy seguro no me defraudará, y de aquí mi acercamiento a la juventud; tengo muchos amigos entre los poetas jóvenes, y me compenetro mejor con ellos que con los viejos poetas de mi generación.

Pero la ciudad que más ha influido en mi obra literaria, es sin duda Burgos. Desde enero del 46 a agosto del 60 he vivido en ella, y me han nacido cinco hijos, y he escrito y publicado cinco libros en prosa creadora, y tres libros de versos, me estoy refiriendo a lo mejor de mí mismo. Fueron casi dieciocho años de creación, y de dedicación a Burgos. En uno de los libros más burgaleses, tanto que un crítico M. Fernández Almagro le ha llamado «breviario sentimental de Burgos y sus contornos», estoy aludiendo a «Memorias de Mambruno», publicado en 1956. Este párrafo que voy a citar dice: «Divagar, soñar, caminar, una vez y otra en torno a estas murallas que cercan también la vida de Mambruno. Estas murallas —que él ama— cinturón de piedra que ciñe el talle ojival y delicado de esta ciudad, gótica, bella, única».

Burgos es en mi poesía como una gran aguja gris, circuida de frondosas alamedas, de ramosos bosques de pinos, de rumorosas avenidas de chopos, de álamos temblorosos y sauces lluviosamente plateados. Hacia la lejanía, colinas amarillas, llanuras cárdenas, lomas desnudas, páramos pedregosos, colindantes con tierras oscuras y fecundas, que son en julio rumor dorado de espigas. Este paisaje burgalés es el más recio, austero y solemnemente hermoso de España.

Como centro de tanta vegetación, de tanto arbolado se alza la ciudad, patria del Cid, cuna de España, con sus viejos callejones verdinosos, con su piedra ojival artísticamente labrada.

En otro segundo libro, titulado «Nuevas memorias de Mambruno», dedicado casi por entero a describir el paisaje de Castilla, especialmente Burgos. Se publicó este libro en 1951. Digo en él: «Burgos la ciudad de los puentes, se sueña así universal y única, tal como Mambruno la concibe, tal como la ha ido viviendo, desde el puente nuevo de San Pablo, con su galería cidiana, hasta el puente de Malatos, por donde cruzaban los leprosos en larga procesión doliente en la época del medievo».

También Mambruno ha estado en París; en su libro «Cuadernos de un solitario», publicado en 1958, ha intentado plasmar mis impresiones. Veamos:

«Uno de los lugares preferidos es orillas del Sena. Pasear por la orilla del Sena, detenerse en los puestos de libros viejos, revolverlos,

comprar algunos y mirar el verdor de los árboles y sentirse feliz bajo un cielo parisino, cubierto de nubes.

Cerca, de Nôtre Dame, las ojivas de las portadas y una hilera de santos de piedra.

Se ve la aguja gótica de una torrecilla, brillan los altos rosetones de las torres. Se alza la Catedral envuelta en mansa verdura, y abajo el Sena, turbio de verdor, refleja como un espejo tembloroso toda la hermosura del gótico edificio.

Y hemos llegado a Salamanca, la ciudad en que vivo desde agosto del 63. Literalmente, Salamanca me ha resultado fecunda. Aquí he hecho recapitulación de todo lo escrito en verso, y he corregido mis tres primeros libros de poesía. Un nuevo libro en verso con una tónica, con una originalidad distinta ha sido comenzado, se titula: «Nudo», y además he impulsado la aparición de una revista de poesía «Alamo». «Yo diría que vivir en Salamanca es vivir en lo eterno, ningún lugar más adecuado para el estudio, ninguno más propicio para la meditación. Caminar por las calles de Salamanca es soñar. Salamanca crea en nosotros un sosiego interior, que puede llegar a ser dramático, desde el punto de vista espiritual».

Hemos afirmado a lo largo de toda esta disertación, que el lirismo informa toda mi obra literaria, y que yo soy única y exclusivamente un poeta, y que mi vocación desde niño es la poesía.

Yo he escrito alguna vez que lo mejor de mi mismo son estos poemas que he venido escribiendo durante treinta años de lírico ejercicio.

Escribir poesía es una liberación, es como una manera de ser verdaderamente libre, espíritu sin espacio ni tiempo que goza de esa libertad que es la creación. Hegel decía que la poesía expresa el espíritu en el espíritu mismo.

Yo he dicho que escribir es como rezar, (cuando se hace de corazón), lo más serio que puede hacerse en esta vida; es comunicar con Dios mediante palabras encendidas, palabras hondas, labradas en el interior de uno mismo.

La poesía es como un ángel luminoso que me acompaña invisible siempre. Yo me he entregado por entero a la poesía, desinteresadamente, fiel a mi vocación, a mi destino. Algunos creen conocer al poeta, pero interiormente sólo el poeta se conoce a sí mismo y él es el único espectador de su propio drama interior.

Una de las personalidades que más han influido en la evolución de mi espíritu es Van Gogh. Yo he sido primeramente romántico, luego impresionista, y por último realista. Así, como Van Gogh, inicialmente impresionista, inquiere más allá del color, busca el fondo, la esencia, de

las cosas, de un simple girasol amarillo, de un almendro en flor, atisba intuitivamente, (el alma toda un soplo de amor), ese misterio que palpita detrás de la realidad. Soy yo también realista cuando deseo captar ese no sé qué que mueve, anima e informa a la realidad. Lo que me alienta en lo hondo de lo real es la verdad, y de ella emana, soplo misterioso, la belleza.

Ninguna actitud ante la vida, más idealista, que la del poeta. Se ha dicho que la actividad poética es como el cenit del espíritu humano. El poeta no lo es como oficio o profesión, sino como vocación, es algo inherente a la propia personalidad, como una manera de ser y de vivir, algo así como una segunda naturaleza.

El último misterio de toda poesía es Dios, y se llega hasta El no con la imaginación sino con el corazón. Lo mismo sucede con la vida, no cabe desertar; tarde o temprano hay que jugarse el corazón.

Yo me he ido volviendo realista al tomar contacto con la tierra castellana. Hasta lo cotidiano en ella cobra valor real, así un chopo tiene vida como un hombre, posee un alma propia, y un muro nos sonrío como si fuera la faz arrugada y cetrina de un viejo campesino.

Hay que aceptar la realidad tal como es, con humildad; también intelectualmente hay que ser frugal. Esta lección de sobria naturalidad nos la dio Miguel de Cervantes, otro realista, y el más universal.

Requiere la poesía mucha paciencia. Poeta es a veces sinónimo de pescador de caña, que espera hora tras hora, minuto tras minuto, a que el pez muerda el anzuelo. Los poetas aguardamos, año tras año, para acabar viéndonos favorecidos en nuestra humildad con un pez, el poema conseguido, en el que toda las palabras han concurrido al mismo tiempo, al unísono de la misma emoción.

Hemos visto que la poesía es liberación, pero es también contraste entre el sueño y la realidad, entre la vida y la muerte. Yo he definido a la poesía como un «arco iris entre el sueño y lo real», o también «relámpago que revela lo más oculto»: el umbral que separa la vida de la muerte.

Una de las características de mi poesía es la nostalgia, un suspirar por Andalucía, por el Sur nativo, por mi Jerez de oro. Por el interior de esta poesía vibra una influencia de cante jondo andaluz. Añora a su infancia, allá, en Jerez, su casa de la Cruz Vieja, la ventanita de su alcoba y al pino altísimo de copa enorme que el poeta veía desde la ventana. La nostalgia despierta por el aroma, así el olor a azahar de la Corredera, el aroma trasminador de las damas de noche, al pasar por la Tornería, o el dulcísimo perfume que flota en verano por muchas calles; seis versos hablarán por mí:

Blanca de cal, Molinero,
calle donde yo nací,
donde la luz se hizo sueño
¡Qué lejos de tí, qué lejos!
Olor a jazmín me trae
el viento del Sur, ¡mi viento!

Otra nota de mi poesía es la que labora en profundidad. La crítica ha reconocido cómo el último es el mejor de mis libros. En efecto, yo no considero que la juventud sea la época más apta para la lírica, es decir, tomándose como ejemplo, supongo todo lo contrario, que es precisamente esa madurez, casi vejez, la edad mejor, esta edad en la que voy a entrar, de cincuenta a sesenta años.

Hay, además, otros rasgos, comunes a mi poesía. Son: claridad, autenticidad y depuración.

Claridad quiere decir sencillez, yo diría difícil sencillez, y citaría en mi aserto varios romances viejos; sencillo es lo conseguido con menos elementos. La poesía popular es clara también, porque brota como la mía del sentimiento. Valle-Inclán decía que la poesía mientras más oscura, más divina. Yo no opino lo mismo; en todo caso, puede haber una oscuridad simbólica o de fondo. Hay poetas que creen que en la oscuridad radica el misterio lírico; se olvidan que el romance del Infante Arnaldos, modelo de claridad, es el poema más preñado de misterio de toda la lírica española. Esa oscuridad y misterio de la poesía moderna, que todavía se consideran distintivos de calidad y altura poética, cuando en verdad no lo son, vienen de la influencia surrealista que ha desmesurado el ingrediente imaginativo hasta hacerlo único, y ello le ha llevado a crear un tipo de belleza convulsa, que resulta tan estereotipada y falaz como la rígida e implacable perfección parnasiana. Un crítico tan sagaz como Sartre ha demostrado cómo el surrealismo al bucear en los sueños, no ha sido capaz de reproducir sino un mundo espectral, misterioso, sin sangre, ni calor humano; es decir, sin sentimiento. Opino que la poesía debe ver (pues ha de llegar hasta la esencia de lo cantado) y decir las cosas con claridad.

La autenticidad presupone que mi poesía es verdadera, real y no imaginada. Yo creo con Dilthey que la base de toda verdadera poesía es la vivencia, y con Rilke, que la poesía no es fruto del sentimiento, sino de la experiencia; mi poesía es, por lo menos, experiencia vivida, y la integran, por supuesto, elementos anímicos de toda especie. Yo no hubiera escrito nunca un poema «Al Doncel de Sigüenza» sino hubiera estado en esta ciudad y sino me hubiese pasado algunos momentos de meditación frente a la estatua incomparable, dándose además la casualidad que su supuesta actitud ante la vida coincidía con mi propio drama interior de

sueño y realidad, de muerte y vida. Es decir, la intuición solamente nos llena cuando está colmada de ese contenido de la vida, a la par que de las vibraciones del sentimiento. Como decía Rainer María Rilke, en sus cartas, a un joven poeta; «Una obra de arte es buena si ha nacido al impulso de una íntima necesidad». Y le aconseja si está llamado a ser poeta, «cargue con este su destino y llévelo con su peso y su grandeza».

Hablemos ahora de la «depuración», que para mí es sinónimo de economía de medios, de sobriedad. Podemos decir de algunos poetas, por ejemplo de Fray Luis de León o Antonio Machado, que son más poetas por lo que callan que por lo que dicen. Yo no he intentado actuar nunca como un poeta formalista, creo ser uno de los pocos poetas de mi generación indemne a la retórica, que entonces desdichadamente se puso de moda, he huído del «sonetismo» como del diablo, y no he escrito más de cinco o seis sonetos, allá en mi juventud; este pavor a la falsedad, a la simulación, a la mentira, me ha ido obligando a escribir de una manera muy estricta; rigurosa, sopesando cada palabra y valorándola en su justa significación. Ha dicho un poeta, refiriéndose a mi poesía última de «Andaluz solo», que no hay en ella «ni una nota forzada». Todo eso ha sido el fruto del trabajo de muchos años; como dije, he huído del soneto, que me iba muy bien, pero me obligaba, y he buscado otra forma más dúctil y eminentemente popular: el romance. Para mí, no es que todo sea forma, como decía Vossler, sino que me parece que la forma no tiene valor más que en función del fondo. La forma autodetermina el fondo del poema. Claro es que todas las formas son buenas cuando hay algo que decir. Tuve simpatía por la forma asonantada, apenas si se desviaba del hilo de mi decir. Creo que la forma libre, no rimada, me va, así el alejandrino sin rima alguna. Mi forma poética ha ido, pues, madurando, a la par que el contenido. Por eso traigo a colación otra vez la cita de un crítico: «Su voz sigue siendo la misma, pero ha ganado en madurez».

Creo, con Baudelaire, que todo poeta verdadero lleva un «crítico interior» dentro de sí.

He vivido muy atento a la producción literaria de mi época, he leído y releído, y meditado mucho. Un poeta, J. M. Caballero Bonald, ha escrito: «Ruiz Peña ha ido elaborando una obra que no se corresponde fundamentalmente con ninguna parcela de nuestra actualidad literaria». Pues bien, es cierto que mi vida ha discurrido por cauces de apartamiento, pero literariamente no es que yo me lo haya propuesto porque sí, por cabezonería, por separarse de la poesía de mi generación. Simplemente, el crítico que yo llevaba dentro, el infatigable lector de todo lo que se publicaba, me decía que no era ese mi camino.

Insistíamos en el desinterés que caracteriza a la vocación lírica, es

más, en el fondo constituye una lucha consigo mismo, un drama interior, un mantener constantemente tenso al corazón, pero todo se desvanece con la alegría de la creación; ella sola nos basta; como decía Poe, la poesía es una pasión, y no se puede compensar con nada, ni con la vanidad de ser famoso. y que el nombre del poeta salpicado de saliva boba corra de boca en boca o enrollado en una espiral de humo efímero ascienda hacia el techo de cualquier tertulia. Ni con una fama más oficial y presente, así en una noche solemne, y en salón lleno de lámparas áureas le cuelguen al poeta una medalla, en premio de haberse desangrado escribiendo libro tras libro, En tanto, en el umbral del salón, inevitable espectadora, la muerte, guadaña al hombro, irónica, sonrío. Ni tampoco con una fama póstuma, pues como yo he escrito, refiriéndome a Mambruno, aquel personaje burgalés, aquel poeta tan sobrio y castellano, tan bien humorado siempre, que murió en la calle del Tinte y está enterrado, como ustedes saben, en el cementerio de las Huelgas, «cuando tu cuerpo sea podredumbre y liberado tu espíritu viva vida inmortal, algunos hombres, amigos tuyos, colocarán sobre tu fosa una lápida en la que se diga no fuiste más que un poeta, un pobre soñador».

JUAN RUIZ PEÑA